

Soult no le auxiliaba de ningún modo. Estos dos jefes militares vivían muy mal avenidos. En la persuasión estaba el mariscal Víctor de que el sitio de Cádiz, como que debía ser su obra y su triunfo, no gozaba del favor del mariscal Soult, y á la verdad éste, lejos de reforzarle, quitábale á menudo destacamentos para enviarlos, ya á la serranía de Ronda, ya al condado de Niebla, y de los diversos objetos, el del sitio de Cádiz parecía ocuparle menos que todos.

El modesto mariscal Mortier, que en ninguna parte oponía estorbo, y dondequiera se sabía hacer de provecho, contentándose en segundo término siempre, no llevaba una existencia menos trabajosa que el general Sebastiani en Granada y el mariscal Víctor en Cádiz. Obligado á correr con el quinto cuerpo, ora hacia Badajoz contra las tropas del marqués de la Romana, ora al condado de Niebla contra los *insurgentes* de esta comarca y los destacamentos salidos de Cádiz, ora hasta Jaén para ayudar allí al general Sebastiani, había tenido que operar en un radio de sesenta leguas, y así sus tropas estaban agobiadas de fatiga. Sin duda había alcanzado triunfos, pues cogió ó mató dos mil hombres á Mendizábal cerca de Llerena y destruyó á la caballería portuguesa en Fuente de Cantos; pero vuelto á Sevilla á fines de 1810, de un efectivo de veinticuatro mil hombres, no contaba más que con ocho mil capaces de ponerse en marcha.

Aun cuando en realidad contasen ochenta mil hombres, no hubieran podido presentar cuarenta mil los tres cuerpos que formaban el ejército de Andalucía, bien que, llegado el invierno, la porción disponible aumentó considerablemente, merced al término de los calores, al reposo y á la salida de los hospitales. Napoleón había censurado severamente las operaciones del mariscal Soult, que mandaba los tres cuerpos en calidad de general en jefe, y le reconvino á la vez por falta de energía y por falta de combinación en el empleo de sus tropas. Verdad es que, después de haber cometido el error de dispersar sus fuerzas en España con la prematura invasión de Andalucía, se renovaba el mismo error en esta comarca por querer abarcar simultáneamente todos los objetos. Querer á un mismo tiempo amenazar á Murcia y Valencia, ocupar Granada, Málaga, Jaén, sojuzgar á Ronda, cerrar Gibraltar, conservar Sevilla, sitiar á Cádiz, Elvas, Badajoz, Campomayor, era exponerse á arruinar completamente el ejército sin alcanzar ninguno de todos estos fines. Aunque lo mejor fuera desde el principio, según se ha insinuado, abrir ante todo una campaña decisiva contra los ingleses, sin embargo, ya abrazado el partido de ejecutar la campaña de Andalucía al propio tiempo que la de Portugal, hubiera sido menester acumular todas las fuerzas sobre Cádiz y establecer simples puestos en Córdoba y en Sevilla para tener el camino de Madrid expedito.

Ocupada Cádiz, toda la Andalucía se hubiera sometido muy en breve y se contara con una fuerza disponible para emplearla donde se quisiera, en Granada ó en Abrantes. Aplazando la ocupación de Granada por el cuarto cuerpo, no se hubiera hecho al general Blake mucho más formidable, puesto que nada podíamos desear mejor que ver á los españoles presentárenos en batalla, para batirlos con algunos miles de hombres y ponerlos en fuga por largo tiempo. Hasta se hubiera

podido prescindir de enviar á Badajoz al quinto cuerpo, dejando al marqués de la Romana que avanzara sobre Sevilla, para darle una gran batalla sin movernos de nuestro sitio. Estando así delante de Cádiz todas las fuerzas juntas, se hallaran prontas á marchar á cualquier punto donde un grande interés lo exigiera, sin contar que presentarían bajo banderas una cuarta parte más de efectivo, ahorrando correrías mortales detrás de guerrilleros, á quienes se batía sin destruirlos. En España convenía ir en pos de los grandes objetos, y de los grandes venir á los menores. Por no proceder de este modo, el ejército de Andalucía, abrumado de cansancio, arruinado por las enfermedades, bien que extendiéndose desde Cartagena á Badajoz, y pudiendo considerarse desde Andalucía sojuzgada, pero no pudiendo impedir que la desolaran los guerrilleros, ni había tomado á Cádiz, ni á Badajoz, ni era capaz de prestar auxilio á nadie, y antes bien se hallaba reducido á solicitar para sí socorros de monta. Con efecto, el mariscal Soult había terminado el año pidiendo á Napoleón un refuerzo de veinticinco mil hombres de infantería, de mil marinos, de mil artilleros y de una escuadra. Poseyendo estos medios prometía señorear en breve á Cádiz y conquistar todo el Mediodía de la península desde Cartagena hasta Ayamonte.

Fácil es de comprender cómo después de peticiones semejantes acogería el mariscal Soult la orden llegada de París á fin de enviar parte de sus fuerzas sobre el Tajo. Muchas veces se le había dirigido esta orden bajo diversas formas y siempre muy embarazantes. Primero se le previno que hiciera cuanto pudiera por seguir los pasos al marqués de la Romana é impedir que dañara á Massena: luego se le prescribió que operara una diversión sobre el Guadiana con un destacamento de diez mil hombres; por último, se le acababa de mandar de una manera terminante que enviara todo el quinto cuerpo con un tren de sitio sobre Abrantes, debiéndose sacrificar todo, menos el sitio de Cádiz, á este objeto supremo. Cuando llegó al mariscal Soult esta última orden quedó sorprendido, y aun podemos decir consternado. Efectivamente, se le prescribía una cosa que, sin ser del todo imposible, era difícil por extremo y aun peligrosa, y todo por servir á un vecino en quien veía malamente un rival, pues no estaba al mismo nivel el nombre de estos dos mariscales, y por llevar á buen remate la obra ajena á expensas de la suya. ¡Esto era esperar y exigir mucho del corazón humano!

Además la dificultad de hacer lo que se le prescribía salta á los ojos después de ya expuestos los hechos. El general Sebastiani apenas podía sujetar á Granada: el mariscal Víctor tenía todo lo más con qué custodiar sus reductos: el mariscal Mortier reducido á ocho mil hombres al fin del verano, disponiendo quizá de diez á doce mil al fin del otoño, estaba en situación de ser, ya que no indispensable, al menos muy útil para cubrir las espaldas al mariscal Víctor, ocupar á Sevilla y maniobrar entre esta ciudad y Badajoz. ¿Y cómo, sin hacerle que corriera verdaderos peligros, se quería que se lanzara al Alentejo, dejando á su espalda las cinco plazas de Badajoz, Olivenza, Elvas, Campomayor, Alburquerque, teniendo encima los quince ó diez y ocho mil hombres de tropas del marqués de la Romana, estando expuesto á encontrar á los ingleses, é ignorando si el mariscal

Massena lo tenía todo prevenido para alargarle la mano hacia Abrantes? Estas objeciones eran fuertes y llenaban de justa ansiedad aun al general que sintiera la mejor voluntad del mundo por ejecutar las órdenes que había recibido. ¿Cuánto poder no ejercerían sobre un general de quien se reclamaba que abandonara su conquista por ir á asegurar la ajena?

Considerando el mariscal Soult incontestable la imposibilidad de efectuar lo que de él se exigía, creyóse dispensado de obedecer inmediatamente y aplazó la ejecución de las órdenes imperiales, diciendo que estas órdenes serían la pérdida de Andalucía, y probablemente hasta la del quinto cuerpo todo, que sucumbiría antes de llegar al Tajo, entre los ingleses que estarían en espera y los españoles que se lanzarían á perseguirle, y los franceses que no podrían alargarle la mano hasta protegerle; que por todos estos motivos creía deber diferir la ejecución de prescripciones tan funestas, y rogaba que fuera enviado un oficial que se enterara y diera testimonio de la exactitud de sus asertos. Sin embargo, añadía que deseando ser de ayuda al mariscal Massena, se iba á trasladar con todo el quinto cuerpo y algunos destacamentos de los otros dos sobre el Guadiana, para emprender el sitio de Badajoz, de Olivenza, de Elvas, y que sin duda esta sería una diversión infinitamente útil al ejército de Portugal.

Esta última aseveración no se podía tomar en serio. Con efecto, ejecutar el sitio de Badajoz, al cabo de dos ó tres meses y á una distancia de veinticinco leguas del mariscal Massena, cuando éste necesitaba que se le ayudara sin demora á pasar el Tajo, era un socorro irrisorio. La única razón plausible que pudo hacer valer el mariscal Soult, consistía en la dificultad de lo que se le pedía. ¿Era ó no posible que marchara en auxilio del ejército de Portugal? Esta y no otra pregunta convenía que se le dirigiera. De seguro era impracticable, según el sistema de ocupación adoptado en Andalucía, pues siendo ya muy débil en todos los puntos, se iban á perder los puestos que fueran desguarnecidos, sin dar al quinto cuerpo una fuerza bastante para marchar con seguridad sobre el Tajo. Y á la verdad, aun no aprobando Napoleón este sistema, habíalo confirmado en cierto modo con permitir que se practicara durante un año. ¿Cómo cambiarlo de repente, sin orden formal suya, haciendo sacrificios de territorio que serían á los ojos del enemigo funestos movimientos retrógrados? Y, sin embargo, no había medio; si se intentaba algo posible, era menester retirar al punto el cuarto cuerpo de Granada, trasladarlo á Sevilla, dejar allí una mitad de él para atender á espaldas del mariscal Víctor á los accidentes imprevistos, ir con el resto á juntarse al mariscal Mortier, caer sobre cuantos españoles había entre las cinco plazas de Extremadura, marchar á toda prisa sobre Abrantes con unos veinte mil hombres, correr la eventualidad de encontrar en muy grande fuerza á los ingleses á la orilla izquierda del Tajo, bien que se pudiera remediar este peligro avisando oportunamente á Massena de la pronta llegada, á fin de que estuviera pronto á echar su puente y á saltar en la margen izquierda en el mismo instante en que por allí asomara el socorro. Con tales precauciones, con grandes sacrificios, con mucha adhesión y mucha audacia, esta operación era practicable. Bajo menores condiciones, sin renunciar

á Granada, sin colocar un cuerpo intermedio, que en caso de necesidad pudiera sostener al mariscal Víctor, sin reforzar mucho el quinto cuerpo encargado de marchar sobre el Tajo, la empresa era imposible, y el mariscal Soult estaba autorizado para negarse á ella. Si se quería que obedeciese, hubiera convenido trazarle de antemano los sacrificios que debía hacer, imponérselos, dejarle de esta suerte sin razón verdadera ó falsa de desobediencia, mandar en fin, no de una manera vaga, sino precisa y absoluta, como se hace cuando se reflexiona seriamente sobre lo que se ordena, y se ordena con voluntad de ser obedecido. Por desgracia, complaciéndose en sus ilusiones, distraído por otros objetos, creyendo formalmente, ya que no en la existencia de ochenta mil hombres, al menos en la de sesenta mil en Andalucía, Napoleón no pensaba que hubiera dificultad en la ejecución de sus voluntades y se limitaba á prescribir al mariscal Soult que marchara sobre Abrantes, aunque, según decía, hubiera que debilitarse algo hacia Granada. Este era el único sacrificio que preveía y autorizaba. Con tales condiciones debía ser desobedecido, y lo fué de la manera más grave y más infausta para el conjunto de los sucesos.

Ya de muy atrás imaginaba el mariscal Soult ejecutar personalmente el sitio de Badajoz, sitio mucho menos importante que el de Cádiz, pero destinado á ser obra suya, al par que el de Cádiz debía ser atribuido al mariscal Víctor especialmente, y ya se lo había propuesto á Napoleón antes de recibir la orden de marchar sobre el Tajo. Al llegarle ésta, discurrió como modo de atemperarse á ella ir sin dilación sobre el Guadiana, para emprender, además de la conquista de Badajoz, la de la doble fila de plazas, que Portugal y España habían construido tiempos antes en Extremadura, y que vueltas en lo antiguo unas contra otras, estaban ahora exclusivamente contra nosotros. Partió, pues, inmediatamente á Extremadura con el quinto cuerpo, dejando al mariscal reducido á sí mismo, bien que recomendando al general Sebastiani que si venía de Gibraltar ó de otra parte alguna fuerza enemiga por la espalda de Cádiz, se trasladara allá inmediatamente. A principios de enero de 1811 se puso en camino con la división de Girard é hizo que la división de Gazán le siguiera, marchando con más lentitud para escoltar el tren de sitio. No había menos de cuarenta leguas de camino detestable desde Sevilla á Badajoz, y con los guerrilleros que infestaban hasta los países sometidos, no fué la precaución de dejar atrás la división de Gazán arbitraria, sino precisa.

Delante de Olivenza llegó el 11 de enero y embistióla sin ninguna tardanza. Esta plaza, construida á la izquierda del Guadiana, destinada á servir á los españoles contra los portugueses, había pertenecido durante dos siglos, ya á unos, ya á otros, y desde 1801 era propiedad de los españoles. Contaba cinco mil almas de población, una guarnición de cuatro mil hombres y un débil gobernador. Bastante regularmente fortificada y encerrada en un recinto de nueve frentes, hubiera podido oponer cierta resistencia, si el gobernador tomara con tiempo sus precauciones y cuidara de artillar las obras exteriores: pero ni una sola media luna se hallaba armada, y no estaban ocupados ni tenían empalizados los caminos cubiertos. Así que en rigor hubiera sido posible acercarse de golpe al pie de los muros é intentar una esca-

lada; pero siendo bastante altos los escarpes de mampos, quizá fuera la tentativa infructuosamente sangrienta. Limitóse, pues, la primera operación á apoderarse de una buena luneta que no estaba armada y á comenzar los trabajos de aproche muy cerca del recinto. Bien auxiliados los oficiales y los soldados de ingenieros por la infantería, dirigieron estos trabajos con grande audacia y extremada rapidez, y ejecutáranlos aun más de prisa si los útiles no anduvieran escasos. En ciertos momentos la infantería del mariscal Mortier, estimulada por la presencia de su jefe, removió la tierra con las puntas de sus bayonetas. Por fortuna presentóse una compañía de ingenieros con un cargamento de útiles, y al cabo de diez días pudo romper el fuego la batería de brecha y derribar un ancho lienzo de muralla. A la vista de nuestras columnas prontas á subir al asalto turbóse la población, que al principio había manifestado mucho ardimiento. No trataron de hacerla cobrar bríos la guarnición ni su jefe, y abriendo la plaza sus puertas el día 23 de enero, nos entregó varios almacenes, algo de artillería y cuatro mil prisioneros. Si se hubiera llevado tan de prisa y tan bien el sitio de Badajoz, se hubiera estado en proporción de cumplir en breve la singular promesa de socorrer al mariscal Massena después de la conquista de las plazas.

Delante de Olivenza permaneció el mariscal Soult los días 23, 24 y 25 de enero, y partió el 26 para Badajoz. Esta era la segunda plaza situada á la izquierda del Guadiana hacia el lado español, y conviene decir que la única importante. Tomada ésta, no había que hacer caso de las otras tres, Elvas, Campomayor, Albuquerque. Allí llegó el mariscal Soult no más que con la división de Girard y con las tropas de ingenieros que ya se habían restituído al quinto cuerpo. Como ya hemos dicho, la división de Gazán estaba aún detrás ocupada en escoltar el gran parque. Embistióse á Badajoz el día 27 y la caballería barrió las tropas enemigas esparcidas por los alrededores. Acto continuo se procedió al reconocimiento de la plaza.

Badajoz, capital de la Extremadura española, poblada por diez y seis ó diez y siete mil habitantes, está situada á la izquierda del Guadiana, cerca de la confluencia de un riachuelo que se llama el Rivillas. Protegida á lo largo del Guadiana por el río y por un muro de reidentes, se halla sustentada hacia el lado del campo por nueve frentes regularmente construídos, y formando un semicírculo que apoya en el Guadiana sus dos extremidades. A una de ellas, la que mira al Nordeste, se alza un fuerte castillo, construído sobre un escarpe que domina á la vez el Rivillas y el Guadiana por el punto en que se juntan ambos. Los nueve frentes que componen el recinto se hallan protegidos por una serie de medias lunas con camino cubierto y glacis, por muchas lunetas, y sobre todo por una obra avanzada que se llama el fuerte de Pardaleras. A la orilla izquierda del Guadiana se enlaza la plaza con un puente de piedra, muy antiguo y muy sólido y por una fuerte cabecera de puente. En esta misma orilla y casi frente por frente del castillo de Badajoz está el fuerte de San Cristóbal, sirviendo de apoyo á un campo atrincherado establecido sobre las alturas de Santa Engracia. En la época á que se alude, el ejército español del marqués de la Romana, ocupado en correr entre las diferentes plazas de Extremadu-

ra, tenía costumbre de alojarse en este campo. Dispersado por los combates que había sostenido contra el quinto cuerpo, pero dispersado como los ejércitos españoles, que se rehacían al día siguiente de sus derrotas, se hallaba en las cercanías de Badajoz, y para ir allí aguardaba á que se uniera el destacamento que había enviado á Lisboa. Se le había vuelto á pedir á lord Wellington, quien no se pudo negar á restituirlo y lo dejó partir para Extremadura. Este destacamento de siete á ocho mil hombres, algo mermado por la estación y las enfermedades, llegó á Badajoz sin el marqués de la Romana, que acababa de morir en Lisboa de una enfermedad aguda. Todo el ejército mandado por el general Mendizábal, después de dejar en Badajoz una guarnición de nueve ó diez mil hombres, podía presentar á la orilla derecha del Guadiana, en el campo de Santa Engracia, un cuerpo de doce mil hombres, con un puente de piedra para comunicarse, de modo que en ciertos momentos era posible que los sitiadores tuviesen no menos de veinte mil hombres encima.

Además de su fuerte guarnición tenía la plaza un gobernador excelente, el general Don Rafael Menacho, víveres y provisiones para seis meses y obras en perfecto estado de defensa. A los veinte mil españoles esparcidos á las dos márgenes del Guadiana y pudiéndose comunicar libremente de una á otra, tenía el ejército francés que oponer nada más que nueve ó diez mil hombres, ínterin llegaba la división de Gazán que haría subir á quince ó diez y seis mil los combatientes. Hay que añadir que no poseía ningún medio para cruzar de una á otra ribera á no ser una barca que de cada vez pasaba á algunos hombres.

Por fortuna la calidad de los soldados compensaba con usura esta inferioridad numérica, y con menos tropas había tomado el general Suchet plazas infinitamente más fuertes y en quince ó veinte días. Si el mariscal Soult se apoderaba de Badajoz dentro de este espacio de tiempo, podía estar del 15 al 18 de febrero en camino hacia Abrantes, momento en que se acababan de celebrar las conferencias de Golgaio, y en que era muy oportuno desembocar por la izquierda del Tajo.

La sangrienta experiencia que hicimos de las propiedades de Badajoz, que en dos años fué conquistado y reconquistado por los franceses y los ingleses, nos enseñó que hacia el Suroeste, delante de un frente saliente, poco flanqueado, situado hacia el lado opuesto al castillo y bastante cerca del Guadiana, se hallaba un punto de ataque ventajoso para los sitiadores, que aproximándose á la plaza por una parte prominente de su perímetro, no tenían que sufrir los fuegos de flanco de los sitiados. Probable es que atacando resueltamente á Badajoz por esta parte, que es la primera que se ofrece á la vista viniendo de Olivenza, se hubiera logrado apoderarse de ella muy pronto, lo cual permitiera asomar junto al Tajo en tiempo oportuno. Mas no bien llegados los franceses delante de Badajoz, de miedo de engañarse según las apariencias, la atacaron á la vez por todos lados, al menos por todos los que miraban al campo y que no bañaba el Guadiana. Se dirigió un ataque á nuestra izquierda apoyándose en el río hacia el frente que hubiera convenido acometer exclusivamente, otro hacia el centro enfrente del fuerte de Pardaleras y por último otro á la derecha más allá del Ri-

villas, desde donde se podían disparar algunos proyectiles de poco efecto sobre el castillo y á lo interior de la plaza. Esto fuera bueno teniendo muchas tropas, mucha artillería y muchas municiones, pues dividiendo el ataque se dividiera la defensa; pero teniendo poca artillería, pocas municiones y cuando más nueve mil hombres de infantería, á lo menos hasta la llegada de la división de Gazán, era exponerse, quisírase ó no se quisiera, á permanecer cuarenta días delante de Badajoz en lugar de veinte.

Se emprendieron, pues, tres ataques harto desbarajustados y tan distantes unos de otros, sobre todo á causa de tener que atravesar el Rivillas, que era menester andar legua y media para comunicarse entre el de la derecha y el de la izquierda. Abrióse trinchera el 28 de enero á mil metros del recinto hacia la derecha, á quinientos hacia el centro, y adelantóse con lentitud extremada, ya por escasez de operarios, ya por falta de empeño en precipitar las resultas del sitio. Apenas se construyó la trinchera, procedióse á levantar algunas baterías, como si se quisiera comenzar el fuego casi tan pronto como los trabajos de aproche. Se removía la tierra al son de un débil y lento cañoneo, que no producía más efecto que el de consumir inútilmente municiones. Hay que añadir que las lluvias continuas de la estación entorpecían los trabajos y hacían verdaderamente digna de lástima la suerte de las tropas, como que empleados todos los caballos en acarrear la artillería de grueso calibre, no se había podido ir á forrajear á distancia y faltaba pan. Durante muchos días los soldados se alimentaron sólo de carne, lo cual produjo entre ellos varias enfermedades. En vez de algunos centenares de operarios que hicieran falta, sólo se encontraban ciento cincuenta para cada ataque, nueva prueba de que valiera más concentrar sobre uno solo los pocos medios disponibles.

Así fueron poco fructuosos los primeros días de trabajos, á causa del mal tiempo, de la ausencia de la división de Gazán y de la falta de ahinco en dar prisa al asedio. Queriendo por su parte el gobernador Menacho emplear su numerosa guarnición en entorpecer nuestros trabajos con briosas salidas, determinó multiplicarlas y ejecutarlas con fuertes columnas. Una dirigió el 31 de enero hasta nuestro ataque del centro delante del fuerte de Pardaleras, con cuatro batallones, dos piezas de artillería y dos escuadrones de caballería. Tan veloz y resueltamente se adelantaron los españoles, que nuestros operarios fueron obligados á ciar sin tener apenas tiempo de unirse y de empuñar sus armas; mas habiendo acudido el general Girard con tres compañías de zapadores y un batallón del 88, atajóles de pronto el paso y picándoles con la bayoneta los empujó hasta el camino cubierto de la plaza. Durante este tiempo, desfilando la caballería española á lo largo del Guadiana y girando después hacia nuestro ataque de la izquierda, sorprendió á nuestros operarios y acuchilló á algunos de nuestros oficiales de ingenieros, que hicieron punto de honra no evacuar sus trincheras. Allí el jefe de ingenieros Cazin fué muerto á sablazos: once heridas recibió el capitán Vainsot de la propia arma. Esta caballería fué rechazada á su vez y no poco maltratada. En esta salida perdimos unos sesenta hombres y no perdió menos de ciento el enemigo. Por lo demás nuestras obras de ata-

que estaban harto distantes y muy poco adelantadas para que de resultas padecieran mucho.

Todo trabajo fué imposible en los días siguientes á causa de las lluvias y de violentos huracanes, y saliendo el Rivillas de madre nos llevó hombres y caballos. Por fortuna apareció al fin la división de Gazán con cerca de seis mil infantes, útiles y artillería de grueso calibre, de cuyas resultas ya se pudo contar con unos doce mil hombres de infantería, con mil doscientos de ingenieros y de artillería, y como con dos mil cuatrocientos jinetes, lo cual ascendía á un total de diez y seis mil soldados. Disponiendo de infantería más numerosa, dedicóse alguna mayor actividad á los trabajos: se les dió á la derecha la forma de una larga línea de contravalación, más bien para cubrirse contra los españoles de dentro y de fuera, que para emprender por este lado un formal ataque. Por el centro se propendió á aproximarse al fuerte de Pardaleras, que se trataba de tomar con el fin de hacerle servir de base para la principal acometida, y á la izquierda se envolvió en una línea circular una cumbre denominada *Cerro del Viento*, sobre la cual se apoyaba la extremidad de nuestra línea. Algunos días se pasaron en desembarazar nuestras trincheras del lodo producido por las lluvias y en rechazar las salidas del enemigo: durante estos ocho días se adelantó poco, y todo se limitó á disparar algunas bombas sobre la plaza para inquietar á la población.

Se supo el 6 de febrero la aparición del cuerpo de socorro procedente la mayor parte de Lisboa, como se ha dicho más arriba. Reuniendo los que venían de las líneas á los que habitualmente se hallaban en la campiña extramuros de Badajoz, podía el enemigo presentar en fuerzas activas cerca de diez mil infantes y de dos mil caballos. Unos y otros fueron á tomar posición más allá del Guadiana, en el campo de Santa Engracia, situado detrás del Gévora, contra el fuerte de San Cristóbal. Hallándose en comunicación con la plaza por el puente de piedra de Badajoz, podían, unidos á la guarnición, constituir una fuerza de veinte mil hombres prontos á arrojar sobre los franceses. Maniobrando bien y desembocando con viveza sobre un solo punto, no era imposible que detuviesen y aun hiciesen levantar el asedio. Verdad es que les era difícil lanzarse á una operación á fondo, careciendo, aunque valientes, del talento de hacerse firmes en campo raso.

El primer uso en que emplearon sus fuerzas fué el de ejecutar el día 7 una gran salida. Después de empezar por una falsa demostración sobre nuestra izquierda, desembocaron por la derecha, pasando el Rivillas al amparo de los fuegos del castillo. Marchando vigorosamente en una masa compacta de siete á ocho mil hombres, llegaron hasta nuestras líneas; nuestros destacamentos acudidos á este punto no eran bastantes para oponer resistencia, ni á su número ni á su empuje. Como en todas las salidas, mantuvieron el campo un instante y echaron abajo algunas obras de escasa monta, sobre todo hacia nuestro ataque de la derecha, que no habiendo sido emprendido formalmente, no ofrecía que destruir nada importante; pero el mariscal Mortier les retuvo muy pronto con el despliegue de muchos batallones que les presentó de frente, y después, aprovechándose de la circunstancia de haberse adelantado mucho, soltó contra su flanco dos batallones, uno del

88 y otro del 64, sacados del ataque del centro y conducidos más allá del Rivillas. Repelidos de frente, amenazados por el flanco, después del primer momento de impetuosidad, se retiraron los españoles con orden al principio y seguidamente de tropel y dejaron setecientos hombres muertos ó heridos en nuestras manos. Por desgracia, la tentación harta ordinaria de perseguirlos hasta bajo los fuegos de la plaza, nos costó unos cien muertos y cerca de trescientos heridos.

Entonces concibió el mariscal Soult la idea de irlos á buscar al campo de Santa Engracia y de quitarles la posibilidad de renovar semejantes operaciones, destruyendo el ejército de socorro; idea muy cuerda, porque la presencia de este ejército inspiraba á la guarnición una fuerza moral y material de importancia; pero había que poseer medios para cruzar el Guadiana, lo cual no era fácil por lo caudaloso que á la sazón iba, y así entretanto se propuso adelantar un paso hacia el recinto apoderándose del fuerte de Pardaleras. Éste consistía en un bastión flanqueado de dos semibastiones y cerrado á la gola por una simple empalizada. Posible era tomarle por sorpresa, y luego hacerle punto de apoyo de una embestida directa hacia el punto del recinto en cuyo ataque se pensaba. Dos columnas dispuso, compuestas de doscientos hombres cada una, de los destacamentos del 21 y del 23 de ligeros y del 100 y el 103 de línea á las órdenes del jefe del batallón de ingenieros Lamare, oficial distinguido (1), precediéndolas zapadores de ingenieros y mandándolas dos oficiales bizarros, el jefe del batallón Guerin y el capitán de ingenieros Coste.

En conformidad del plan formado, estas dos columnas salieron el 11 de febrero á las siete de la tarde de nuestras trincheras; en medio de una obscuridad profunda avanzaron en derechura á la parte saliente del fuerte de Pardaleras, se separaron después la una á la derecha, la otra á la izquierda, siguiendo la cresta de los glaciais, á fin de saltar la obra por la gola. Aunque extraviada por la obscuridad la columna de la derecha, halló medio de bajar al foso de la cortina, descubrió una poterna entreabierta y lanzóse á ella con prontitud suma. El capitán Coste, que la guiaba, se arrojó sobre un oficial español al presentarse á cerrar la poterna, le hirió con su espada, metióse allí prestamente con sus soldados y llegó á la obra en el mismo instante en que la columna de la izquierda, habiendo conseguido salvarla, derribaba á hachazos las empalizadas que cubrían la gola. Estas dos columnas se juntaron á los gritos de ¡viva el emperador!, precipitáronse seguidamente á la bayoneta sobre los españoles, mataron á algunos, hicieron á muchos más prisioneros y pusieron á los otros en fuga hacia la plaza. Y dueños del fuerte se apresuraron á formar un espolón para cubrirse de los fuegos del recinto que desde este día debían ser dirigidos todos sobre la obra de que nos acabábamós de hacer señores.

Este acto atrevido proporcionaba á nuestro ataque del centro, único formal, un apoyo sólido y apropiado al pronto triunfo.

Sin embargo, el mariscal Soult pensaba más bien en desembarazarse del ejército español acampado al otro

(1) El mismo que ha publicado una excelente obra sobre los sitios sostenidos en Badajoz por españoles y franceses. (N. del A.)

lado del Guadiana, que en hacer más rápidas las operaciones del sitio. Jamás había dificultad en batir un ejército español á campo raso; pero aquí era menester pasar el Guadiana muy crecido entonces, llegar después al campo de Santa Engracia, vadeando el Gévora bajo el fuego del enemigo, sin comprometer á pesar de todo el asedio, cuyas obras no podían ser custodiadas sino por muy escasas tropas. Afortunadamente los españoles, no obstante los juiciosos consejos de lord Wellington, ni habían levantado en rededor de aquel campo una empalizada, ni aun removido la más leve porción de tierra: además mostrábanse poco vigilantes, y con secreto y con presteza bastaban de siete á ocho mil hombres para sorprenderlos y arrollarlos. Igual número debía quedar en custodia de nuestras trincheras, y había de sobra para protegerlas, estando el enemigo muy ajeno de lo que le amenazaba.

Esta operación practicada por el mariscal Soult, fué tan bien ejecutada como concebida. Para el 18 de febrero ya se había proporcionado, gracias á la solicitud del arma de ingenieros, los medios de pasar el Guadiana con seis mil hombres de infantería y dos mil de caballería. Cruzóse efectivamente el río en la noche del 18 al 19 con tropas de preferencia sacadas de las divisiones de Girard y de Gazán. Los mariscales Soult y Mortier marchaban á la cabeza de sus soldados. Al amanecer del 19 estaban todos á la otra orilla del Guadiana, teniendo á la derecha la caballería compuesta de los dragones de Latour-Maubourg, y dos regimientos de cazadores en la llanura, y hacia el centro y la izquierda la infantería formada en columnas por batallones. Como se había pasado el Guadiana por más arriba de Badajoz era necesario bajar la orilla derecha de este río para llegar cerca de San Cristóbal y de las alturas de Santa Engracia, sobre las cuales se encontraba el campo de los españoles. Una espesa niebla favorecía á nuestro pequeño ejército en su marcha.

Pronto llegó á la margen del Gévora antes de que los españoles estuvieran en proporción de disputarnos el paso. Algo lejos hacia la derecha cruzóse nuestra caballería y arrolló en un abrir y cerrar de ojos á la caballería española, que cubría el campo por el lado de la llanura. Nuestra infantería, guiada por el mariscal Mortier, se metió en el Gévora, lo cruzó con el agua á la cintura y llegó de seguida en el mejor orden al pie del escarpe de Santa Engracia en el momento en que se disipaba la niebla.

Antes de ordenar el general en jefe el ataque, destacó sobre nuestra izquierda dos batallones para interponerlos entre el fuerte de San Cristóbal y los españoles é impedir á éstos que se refugiaron á la plaza. Al mismo tiempo previno á la caballería que operara un movimiento de conversión por la derecha, á fin de lanzarse por este lado, que era una pendiente suave, al campo enemigo, y acto continuo dió la señal de ataque.

Nuestros soldados, que temían poco á las tropas españolas, treparon atrevidamente á las cumbres de Santa Engracia, sufriendo un violento fuego de arriba abajo y no sin experimentar pérdidas bastantes. Pero en pocos momentos llegaron á la cima del escarpe, interin los dos batallones destacados á la izquierda interceptaban el camino del fuerte de San Cristóbal, y mientras la caballería lanzada hacia la derecha á la llanura tomaba al

enemigo por la espalda. Viéndose amenazados los españoles de frente por nuestra infantería, de flanco y á la cola por nuestra caballería, formáronse en dos cuadros bastante fuertes y bastante firmes en su actitud. Pero asaltados briosamente por nuestra infantería y nuestros dragones fueron muy luego rotos, y perdieron lo que pierden los cuadros cuando se consigue romperlos; entre muertos y heridos tuvieron dos mil hombres fuera de combate, se les cogieron cinco mil, toda la artillería y muchas banderas. De los doce mil hombres que presentaron en batalla, á lo más salvaron cinco mil los españoles, que en todas direcciones emprendieron la fuga.

Aunque no ofreciera dificultad para nuestras tropas el batir con ocho mil ó doce mil hombres, cuando tenían que habérselas con españoles sin ingleses, figuraba como operación en gran manera meritosa la que acababa de ser ejecutada, á causa de la posición del enemigo, cubierta por las alturas de Santa Engracia y por el lecho del Gévora, á causa del Guadiana, que había sido menester cruzar para ir á presentar la batalla, á causa en fin del asedio, cuyos trabajos era menester seguir custodiando mientras se iba á pelear á otra parte.

De esta victoria se aprovechó el mariscal Soult para embestir la plaza por la derecha del Guadiana y privarla de todas las comunicaciones exteriores. Si hubiera querido aprovecharla para acelerar la rendición de Badajoz, de seguro terminara el asedio antes del 1.º de marzo, y tomadas así las plazas de Olivenza y de Badajoz con sus guarniciones, dispersos todos los ejércitos españoles de Extremadura, podía adelantarse sin gran peligro sobre el Tajo y con muchas probabilidades de dar á los sucesos un inmenso impulso. Verdad es que le quedaba el peligro de duplicar la distancia que le separaba del mariscal Víctor. Mas determinándose á evacuar á Granada, ó al menos á dejar allí escasa gente, y á llevar el grueso del cuarto cuerpo hacia Ronda, entre Granada y Cádiz, de modo que en un lance apurado el cuarto y el primer cuerpo se hubieran podido juntar prontamente, se disminuía en mucho el peligro de su movimiento sobre Abrantes. En todo caso el efecto moral de un gran triunfo junto al Tajo hubiera compensado los inconvenientes de su ausencia, al par que, dejando al mariscal Massena solo, condenado á retirarse, se exponía á un cruel castigo, el de tener muy pronto encima á los ingleses, desembarazados ya de Massena. Bien mirado todo, tras la victoria que acababa de conseguir y fijándose en lo venidero, menos peligros ofrecía una imprudente generosidad que una prudente reserva. A mayor abundamiento se juzgará por los resultados.

Libre así el mariscal Soult de los españoles tornó lenta y tranquilamente á los trabajos del sitio de Badajoz. Durante este espacio de tiempo lord Wellington y el mariscal Massena aguardaban con sentimientos muy distintos el desenlace de las operaciones en torno de esta plaza. Teniendo los franceses tropas en Extremadura, teniéndolas también en Castilla, porque la división de Claparede había llegado á Viseo, costaba á lord Wellington trabajo comprender cómo no se reunían á entrambas márgenes del Tajo, sobre Abrantes. Así lo esperaba y lo temía más que nada. Para este caso consideraba su situación difícil por extremo, dado que podía tener encima setenta y cinco mil combatientes si la división de Claparede y el quinto cuerpo se juntaban al

mariscal Massena, por cuya energía había mucho que temer hasta detrás de las líneas de Torres-Vedras. Parece, pues, que todo debía empeñar á los franceses en reunirse, y lord Wellington, juzgando que se haría en su contra todo lo que se debía de hacer, no cesaba de estrechar á los portugueses para que talaran el Alentejo y se encerraran en Lisboa con todo lo que pudieran llevar consigo. Mas no conseguía persuadirles á ello, pues los portugueses, aunque muy animados contra los franceses, no querían comenzar por destruir su ganado y sus mieses para evitar que se lo quitaran los enemigos. Lejos de pensar en dar batalla al mariscal Soult, si éste abandonaba la Andalucía para ir en socorro del ejército de Portugal, había ordenado al mariscal Beresford, que mandaba en Abrantes, defender las afluencias del Tajo que cruzan el Alentejo, defenderlas de modo de retardar la llegada de los franceses, no de perder una batalla, y le había recomendado sobre todo entrar entero en las líneas de Torres-Vedras, su único objeto y efectivamente el más importante. Así el mariscal Soult hallara desembarazado el camino, y no corriera otro peligro que el de alejarse de Sevilla y el de privar á sus lugartenientes de su apoyo algunos días más. Todo estaba de consiguiente en su camino para facilitarle el que diera cima á una gran cosa. Verdad es que lo ignoraba y que el fantasma del ejército inglés se levantaba delante de él á la idea de marchar sobre Abrantes.

Massena no temía este fantasma, y si hubiera podido hallar el tal ejército en campo raso, siempre que se le proporcionaran municiones, asaltarle sin demora, bien que por otra parte le estimara en lo que valía. Pero luchaba contra el hambre, contra la falta de municiones, contra el disgusto que se aumentaba entre las tropas y sobre todo contra la resistencia de sus lugartenientes, que en ciertos momentos tomaba la forma de una desesperación casi facciosa. Si á la llegada del general Foy se había doblado la cabeza ante la orden imperial de permanecer junto al Tajo, bien pronto se había renovado, bajo la influencia de la tristeza y del hambre, el deseo ardiente de abandonar una tierra donde se veían reducidos á morir de necesidad sin llevar nada grande á cabo. Cuando se contaba con el general Drouet por un lado, con el mariscal Soult por otro, se habían entrevisto un grande objeto y los medios de darle remate. No habiendo llevado el general Drouet más que siete mil hombres, se había sentido un primer golpe de desaliento; pero aún quedaba el mariscal Soult. Se contaba con él: de vez en cuando los ecos llevaban hasta Punhete el zumbido de un vivo cañoneo del lado de Badajoz y estremecían los corazones; mas ya no se oía de algunos días á aquella parte, sin duda por efecto de algún accidente atmosférico, y se infería que el mariscal Soult había vuelto á Andalucía. Se consideraban, pues, como del todo abandonados y de resultas impotentes contra las líneas de Torres-Vedras y destinados á morir de hambre sobre una playa desierta sin nada formal ni útil á que dar cima. Verdad es que el mariscal Ney había hecho en los últimos días un precioso hallazgo, el de cuatrocientos bueyes, dos mil carneros y cuatro mil quintales de maíz. Una porción de todo había tomado para su cuerpo, dando lo demás á sus camaradas. Pero el segundo cuerpo, el de Reynier, estaba reducido á la última extremidad, y no hubiera podido subsistir sin un